

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

Génesis de una insurrección campesina y nacional. El caso de la insurrección de Octubre 2003 en el Altiplano Norte de La Paz.

Orellana Aillón, Lorgio.

Cita:

Orellana Aillón, Lorgio (2009). *Génesis de una insurrección campesina y nacional. El caso de la insurrección de Octubre 2003 en el Altiplano Norte de La Paz. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/1211>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Génesis de una insurrección campesina y nacional. El caso de la insurrección de Octubre 2003 en el Altiplano Norte de La Paz

Lorgio Orellana Aillón¹.

Antecedentes del problema de investigación

En Bolivia, una de las características del periodo de surgimiento y consolidación de los gobiernos neoliberales –periodo comprendido entre mediados de los años 80 y fines de los 90- fue la drástica disminución de las movilizaciones sociales. Si durante el gobierno nacional populista de la Unidad Democrática Popular (UDP) de Hernán Siles Suaso (1982-1985), en la prensa se registró un promedio de 54 eventos por mes; entre el gobierno de Víctor Paz Estensoro (1985-1989) y el de Jaime Paz (1989-1993), la prensa registró un promedio de 22,38 eventos por mes (Cfr. Villaroel 2002: 147).

El primer gobierno de Gonzalo Sánchez de Losada (1993-1998), es el periodo en el que menos marchas callejeras, menos huelgas de hambre, en resumen, menos movilizaciones sociales se llevan a cabo: sólo un promedio de 14,73 eventos por mes, se registró en la prensa (Cfr. Villaroel 2002: 147). En pleno auge del neoliberalismo - un periodo donde están vigentes las garantías constitucionales, el derecho de asociación y de manifestación- el promedio de acciones de protesta disminuyó a un nivel próximo a la dictadura militar del General Hugo Banzer Suárez (11,46 eventos por mes en promedio) (Cfr. Nikitenko 2002: 144).

Se trata del reflujo del movimiento obrero y de clases medias principalmente - de estudiantes, maestros, bancarios, empleados públicos, trabajadores y docentes universitarios, comerciantes y transportistas. En el periodo de mayor radicalización (1982-1985), los obreros protagonizaron el 21,8% de los eventos de movilización social, y las clases medias, el 57,2% de las movilizaciones. Por el contrario, los campesinos apenas protagonizaron el 4,6% de los eventos.

El campesinado, en comparación con los otros dos sectores sociales, históricamente no fue un sector muy dinámico. Lavaud, en su estudio sobre “los agentes de la inestabilidad

¹ Doctorante de Sociología en l'École des Hautes Etudes en Sciences Sociales (EHESS), Paris y docente de la materia electiva « Teorías sobre las movilizaciones sociales » de la Facultad de Ciencias Sociales de la UMSS, Cochabamba, Bolivia.

política” del periodo 1952-1982, escribe: “Las acciones colectivas de los campesinos, locales y esporádicas, nunca han tenido un alcance nacional como las de los mineros ni, siquiera, como las de algunos sectores obreros asociados a los mineros en el seno de la COB; y, durante mucho tiempo, sus organizaciones han estado ligadas a los gobiernos en ejercicio” (1998: 233). Primero, a los gobiernos del MNR (1952-1964) y, después, a los gobiernos militares (1964-1977). De ahí su poco dinamismo.

Desde mediados de los 80, el reflujo fue entonces, principalmente de la clase obrera y de la clase media; un cambio en la correlación de fuerzas que resulta y a la vez produce una modificación substancial de/en la sociedad civil, posibilitando una nueva configuración del bloque de poder.

El “descabezamiento” de las organizaciones de clases subalternas y la desestructuración de sus organizaciones; el ascenso al poder del Estado de un grupo social con poco margen de maniobra respecto de las clases dominantes² y, por tanto, con una hegemonía restringida; es decir, con un despliegue importante del factor represivo, caracterizan la configuración del nuevo régimen oligárquico neoliberal. Desde 1985, en adelante, no emergió una hegemonía capitalista moderna, sobre la base de una vibrante sociedad civil; sino una hegemonía restringida, que se erigió sobre una sociedad civil fragmentada³.

Entre fines del siglo XX e inicios del siglo XXI, se inicia un nuevo periodo de flujo de movilizaciones sociales. Entre 1999 y 2002, periodo presidencial de Hugo Banzer Suarez y de Jorge Quiroga, el promedio de eventos asciende a 38,7 por mes. Para el año 2003, el promedio de eventos por mes asciende a 54,5.

A diferencia del flujo de masas de los 80, los principales sujetos sociales de este nuevo ascenso, no son las organizaciones tradicionales de la clase obrera, sino los campesinos y los

² El reflujo de las movilizaciones sociales, coincide con el declive de las organizaciones sindicales de la clase obrera y de las clases medias, y con el ascenso de organizaciones dirigidas por las capas locales de la burguesía, como la Confederación de Empresarios Privados de Bolivia y partidos políticos de derecha, dirigidos por ex dictadores y connotados empresarios, convertidos a la ideología neoliberal. El gobierno que asume el mando en 1985, es el gobierno de una neo-oligarquía capitalista triunfante (Lavaud 1998). Es el inicio de un ciclo de gobiernos neo-oligárquicos, dirigidos por capitalistas o por sus representantes, que durará hasta octubre de 2003. Su etapa de auge fue el gobierno de Gonzalo Sanchez de Losada, cuando el empresariado alcanzó la porción mas suculenta del poder político (Mansilla 1994).

³ La consolidación de los gobiernos neo-oligárquicos, fue posibilitada por el reflujo de las movilizaciones sociales, la des-estructuración de las organizaciones de las clases subalternas y la fragmentación de la sociedad civil. Si el neo-liberalismo hubiera significado un proceso de desarrollo en las fuerzas productivas materiales de la sociedad y de reforma del Estado, quizás sería correcto caracterizarlo como una revolución pasiva, en el sentido de Gramsci (Cfr. Bieler et al 2006).

habitantes de los barrios peri-urbanos. Sólo de modo ilustrativo, indiquemos que si en 1999, el 3,9% de las movilizaciones sociales habían sido protagonizadas por campesinos; en 2003, el 13,5% de las movilizaciones eran campesinas.

Lo mismo acontece con las movilizaciones de los habitantes de los barrios periféricos de las ciudades, que ascienden del 6,7% en 1999, al 11% en 2002. Por el contrario, las movilizaciones obreras se mantuvieron alrededor del 4,5% entre 1999 y 2003 (Cfr. Nikitenko 2002).

No obstante, a inicios del nuevo milenio, los campesinos y los habitantes de las zonas peri-urbanas, carecen de cohesión interna, de la capacidad de aglutinar intereses y de unificar las movilizaciones dispersas de los demás sectores sociales en el ámbito nacional. Sus luchas tienen una orientación principalmente económica y social, y carecen de perspectivas que inmiscuyan a otros sectores de la sociedad. De ahí que el ascenso de fines de los 90 e inicios del 2000, se caracterice principalmente por luchas dispersas, con múltiples reivindicaciones; a diferencia de las movilizaciones de la Central Obrera Boliviana de los 80, cuyo Pliego Único Nacional, lograba articular las reivindicaciones de los más variados sectores sociales. A su modo, las luchas dispersas de inicios del nuevo milenio, expresaban la fragmentación de la sociedad civil, mencionada precedentemente.

Planteamiento del problema

Dentro de una coyuntura de flujo de movilizaciones sociales, el 19 de septiembre de 2003, un bloqueo de caminos que llevan a cabo los campesinos de las Provincias del Altiplano Norte de La Paz, contra el proyecto del gobierno de Sánchez de Losada y del consorcio transnacional Pacific LNG, de exportar el gas boliviano a los Estados Unidos por un puerto chileno, es desbloqueado por los militares, produciendo un saldo de 6 muertos en las localidades de Sorata, Warisata e Ilabaya.

Ante estos hechos, el 8 de octubre, la Federación de Juntas Vecinales de la ciudad de El Alto (FEJUVE), habitada mayoritariamente por inmigrantes y descendientes de inmigrantes de las provincias campesinas del Altiplano Norte; inician un paro cívico contra la exportación del gas, que fortifica los puntos de bloqueo de los caminos que conducen hacia la ciudad de La Paz, sitiada desde hace dos semanas.

Frente al desabastecimiento de combustible, y temiendo ser derrocado por falta de insumos, el gobierno ordena el desplazamiento de un convoy de cisternas de gasolina, protegidas por los militares, desde la Planta de Senkata que se encuentra en la ciudad de El

Alto, hacia la ciudad de La Paz, ubicada a 15 kilómetros. El domingo 12 de octubre, en su travesía por las barricadas construidas por los manifestantes de El Alto, los militares que protegen el convoy van dejando a su paso decenas de muertos y centenares de heridos. La muerte provocada por la incursión de los militares en los barrios populares de El Alto, entre el 12 y el 13 de Octubre, modifica la orientación de las protestas, desplazando la reivindicación del gas a segundo plano, por la exigencia de renuncia de Sánchez de Losada.

En tanto, desde el lunes, Sánchez de Losada ha ido perdiendo sus aliados. Frente a las muertes perpetradas por el ejército, el Vicepresidente anuncia su alejamiento del gobierno, pero su firme resolución de mantenerse como Vicepresidente, habilitándose así como posible sucesor. El miércoles renuncia el Ministro de Empresas, Jorge Torres Obleas. El mismo miércoles, artistas, intelectuales y periodistas, indignados por las muertes que se han suscitado en El Alto, entran en huelga de hambre en las iglesias de los barrios residenciales de la ciudad de La Paz, exigiendo que pare la masacre, la renuncia de Sánchez de Losada y la inmediata sucesión constitucional. Estas huelgas de hambre provocan la adhesión de las clases medias de La Paz, quienes ingresan a las iglesias o manifiestan a través de marchas y procesiones religiosas por la paz.

El viernes, el partido que cogobierna con el gobernante MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario), la Nueva Fuerza Republicana, decide dejar la coalición gubernamental. No obstante, la fuerza real que va a definir la suerte del gobierno es el Ejército. Frente al riesgo de que nuevas muertes enardecieran a los manifestantes y arremetan contra los cuarteles, el Ejército quita su apoyo al gobierno.

En esta situación, el 17 de Octubre de 2003, Gonzalo Sanchez de Losada envía una carta al Congreso, poniendo su renuncia a disposición de los congresistas, forzado por las marchas y los bloqueos de caminos que descenden hacia la hoyada de La Paz desde las Provincias del Altiplano Norte y desde la ciudad de El Alto; movilizaciones sociales que amenazan con invadir su domicilio y lincharlo. Al finalizar la tarde, en tanto el Vicepresidente Carlos Mesa jura como nuevo Presidente de la república; Sánchez de Losada y Carlos Sánchez Berzain, Ministro de Defensa, viajan hacia su autoexilio en los Estados Unidos.

Pregunta de investigación

El poco dinamismo del sector campesino después de la Revolución de 1952, la poca gravitación política de las movilizaciones sociales de las clases subalternas en la década de los 90, y su dispersión durante el flujo de inicios del nuevo milenio, nos llevan a plantear la

pregunta de: ¿Cómo los campesinos aymaras del Altiplano Norte de La Paz y los habitantes de los barrios populares de la ciudad de El Alto, se unieron alrededor de acciones y perspectivas comunes, que pusieron en cuestión el destino del poder del Estado?

Procesos políticos o totalidad social

Uno de los enfoques explicativos más conocidos para el análisis de ciclos de movilización social, situaciones revolucionarias e insurreccionales, es el de los procesos políticos (Cfr. Tilly 2006, Tarrow 1994). Desde esta perspectiva, las movilizaciones sociales emergen cuando los regimenes políticos se abren, es decir se democratizan; permitiendo el ingreso de nuevos actores al interior del sistema político, el realineamiento de las fuerzas políticas y, por tanto, la disponibilidad de nuevos aliados. Ahora bien, una de las características del proceso boliviano, es que desde mediados de los 80 en adelante, vivimos un periodo de reflujo de las movilizaciones sociales.

Tomando en cuenta las “variables explicativas” de la teoría de los procesos políticos, en Bolivia se amplía el universo de los electores y los potenciales elegidos con la proliferación de los municipios y con la reforma electoral de los 90, que posibilita la elección de representantes parlamentarios a través de circunscripciones uninominales. En los términos en que la teoría de los procesos políticos define el concepto de democracia, el “sistema político” boliviano se “democratiza”. Pero resulta que hay menos movilizaciones sociales. Esto quiere decir que es insuficiente permanecer en la esfera política, en el análisis de las transformaciones del Estado y de las interacciones entre “actores políticos”, para explicar fenómenos como el ascenso o el descenso de las movilizaciones sociales.

Dadas las limitaciones de reificar una u otra dimensión de la realidad social - los procesos políticos, el Estado (Skocpol 1984) o la cultura, por ejemplo- el desafío está más bien en “pensar concretamente” (Lukacs) el estallido de la insurrección de Octubre: como síntesis de procesos económicos, sociales, políticos y culturales. Es decir, debe comprenderse y explicarse la insurrección, dilucidando la naturaleza de dicho conflicto, al interior de una formación social particular.

I. Formaciones clases y nacionalidades en el Altiplano Norte de La Paz

En un pasaje muy conocido del 18 Brumario de Luis Bonaparte, Marx escribe: “[L]os hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias

elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos ».

A nuestra manera de ver, para comprender y explicar la insurrección de Octubre de 2003 en Bolivia, lo primero que debe hacerse es situar las luchas de los protagonistas de aquel evento histórico, dentro de una particular formación de clases (Thompson 1966) y de nacionalidades (Dieckhof y Jaffrelot 2005), como la del Altiplano Norte de La Paz.

Una alternativa metodológica para dilucidar dichas formaciones históricas, es analizar las trayectorias sociales de los protagonistas de la insurrección de octubre, “viendo su propia historia” (Thompson 1966), a lo largo de un considerable periodo, buscando las razones, las experiencias y los hechos, a partir de los cuales ellos han asumido una posición particular, primero en sus vidas; y después, en una coyuntura específica, como la de octubre de 2003⁴.

Las acciones de los campesinos aymaras y de sus descendientes que habitan en los barrios populares de la ciudad de El Alto, no pueden comprenderse ni explicarse sin dilucidar la formación del campesinado aymara del Altiplano Norte de La Paz; primero, a partir de su lucha con los patrones de las haciendas, que dominaron el mundo agrario, circundante al lago Titicaca bajo el régimen de servidumbre, hasta la Reforma Agraria de 1953; y después, a partir de su lucha con el Estado nacional.

I.1. Los orígenes sociales del campesinado aymara del Norte de La Paz

El campesinado aymara del Altiplano Norte de La Paz, tiene sus orígenes sociales en la hacienda de los patrones. Los recuerdos más vívidos de los entrevistados, sobre sus primeras experiencias familiares, coinciden en la hacienda patronal, anterior a la revolución nacional de 1952 y, particularmente, en el trabajo de sus padres o abuelos bajo el régimen de servidumbre.

El recorrido de la investigación por los orígenes sociales y la formación del campesinado aymara del Altiplano Norte de La Paz, es principalmente a través de sus testimonios de vida. Reproduzcamos un largo fragmento de una entrevista realizada al máximo dirigente de la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia

⁴ Una alternativa metodológica para alcanzar este objetivo, es recoger las historias de vida de los protagonistas de la insurrección de octubre, por medio de entrevistas abiertas realizadas a informantes claves. Es necesario precisar que si bien nuestras unidades de observación son individuos, los concebimos como sujetos concretos: individuos que producen sus vidas en sociedad, es decir, cuya producción está socialmente condicionada (Marx 2000: 282).

(CSUTCB), Felipe Quispe Huanca, e intentemos, en su historia personal, identificar las características de una historia social.

«L.O.- A qué se dedicaban sus padres?

Bueno, mis padres han sido esclavos.... Hacían trabajo gratuito para el patrón, feudal [...] Ellos han cumplido con ese trabajo gratuito, para el patrón... Quizás, y eso a impulsado a mi madre a enseñarme, haciéndome tomar la leche esclava, enseñarme la ideología, como rebelarse contra el patrón.

Entonces, ellos han sido eminentemente comunarios, o trabajadores del campo. Cuidaban los animales del patrón, trabajaban para el patrón. Pero después del 52, después de la reforma agraria, ya no, ya teníamos nuestro terreno. Actualmente tengo ese terreno. Ya estoy trabajando, ya no tenemos patrón, el único patrón es el gobierno, el sistema capitalista, imperialista que prima en nuestro país.

Entonces, sus hijos seguimos haciendo el trabajo, pero ya el trabajo es distinto ahora, ya hemos arrasado con todo el sistema feudal. Ahora, lo único que tenemos, es un sistema imperante que prima. Un sistema capitalista, imperialista. El indígena sigue arando la tierra con el arado egipcio que trajeron los españoles. No nos hemos mecanizado, no tenemos un camino carretero, agua potable, posta sanitaria, no tenemos tecnificación del agro, para mejorar, no mejoramos nuestros animales. Pero estamos ahí, como el Illampu, como el Illimani, ahí estamos, como esa nevada, indestructibles. Seguimos siendo una cultura, una nación, una raza, nadie nos puede destruir. Yo se que el indio, no vamos a extinguirnos, sino que tarde o temprano nos vamos a autogobernar.

L.O. Que quiere decir cuando indica que su madre le ha enseñado a rebelarse contra el patrón?

Mi madre cocinaba gratuitamente para el patrón. Tenía que cuidar sus animales en la casa feudal. Mi padre, tenía que ser bestia de carga del patrón. Un instrumento vivo del patrón. Cargaba como si fuera un jumento. Me daba pena ver a mi padre, sus manos. Desde Ajllata a Achacachi, desde Achacachi a La Paz restan dos días. Dos días [mi padre] tenía que cargar en su lomo. También los animales cargaban el producto agropecuario.

Entonces decía [mi madre] « mira como tu padre sufre. Tú no tienes que ser así, tienes que liberarte, no tenemos que sufrir así, porque esta tierra es nuestra. Los españoles, los blancos, invadieron nuestra tierra. Ellos nos quitaron nuestra tierra, territorio, nos quitaron nuestras leyes, mataron a nuestros Inkas. Esa era la palabra exacta que interpretaban mi padre, mi madre.

Los patrones decían « ustedes indios han nacido para trabajar, para ser pobres ». Una mentalidad muy estrecha la de ellos. Nos han considerado como animales, que nosotros no podemos aprender nada.... La escuela nos ha enseñado. Nosotros hemos aprendido. La historia es otra ahora, el escenario es otro. Ya no podemos vivir como antes. Por eso nosotros nos hemos rebelado. Por eso yo he hecho grandes movilizaciones [...].

Hasta 1953, la explotación del trabajo en el Altiplano Norte de La Paz, estuvo organizado a partir de la prestación de pesados servicios personales y de la renta en trabajo proporcionada por los campesinos en favor de los patrones. (Diccionario Historico de Bolivia

2002 : 1001). Según los testimonios, los « pongos » trabajaban gratuitamente entre 3 y 4 días para los patrones, y trabajaban los días restantes de la semana para si mismos.

Los patrones poseían la inmensa extensión territorial cultivable del país⁵, aunque no representaban más que el 0,94% de la población económicamente activa en el sector agrícola. Por el contrario, los campesinos bajo el régimen de servidumbre, los colonos y los agricultores independientes, incluidas sus familias, constituían el 86,3% de la masa trabajadora del país⁶.

Las relaciones sociales de producción en el campo, estaban internamente relacionadas con un régimen de castas, heredado de la Colonia, que prohibía a la inmensa mayoría nativa ejercer cualquier derecho político o social. Según la Constitución Política del Estado, se consideraba como ciudadanos bolivianos aquellos que sabían leer y escribir, que poseían propiedades inmobiliarias y contaban con un ingreso mensual no inferior a los 200 Bolivianos (Cleven 1940 citados por Malloy 1989: 52).

Puesto que el acceso a la alta cultura era un privilegio de casta, en La Paz sólo un 32,67% de la población de más de 15 años era letrada (Censo Demografico 1950: 113). Los cargos en el Estado eran por tanto monopolizados por las clases propietarias de blancos letrados e hispanohablantes.

Dentro de esta configuración de la producción y reproducción social, en el Ayllu Ajllata de la Provincia Omasuyus, los padres de Quispe Huanca eran “eminente comunarios o trabajadores del campo”. Su madre realizaba labores domésticas en la casa del patrón; y su padre (Gavino), “era una bestia de carga”: transportaba los productos agrícolas de la hacienda sobre sus espaldas hacia la ciudad.

A través de la descripción de las condiciones de trabajo de Gavino, Quispe Huanca pone en evidencia la ideología dominante que justificaba aquellas relaciones sociales. El sometimiento y la explotación de los pongos se justificaban a partir de la negación de su condición humana y la reafirmación, a través de la sobreexplotación pero también de

⁵ Entre fines del siglo XIX y 1950, el proceso de apropiación de las tierras comunitarias indias, había reducido considerablemente el territorio de los comunarios, amplificando a superficie de las haciendas. Si en 1847 habían 11.000 comunidades indias, en 1950 no habían mas que 3.779 (Penaloza 1953 : 281-282, citado por Lavaud 1998 : 234). El 6,26% de las propiedades de mas de 1.000 has. Representaba el 91,1% de la superficie agrícola total del país, mientras que el 49,6% de las propiedades de menos de 2,9 has. Solo representaba el 0,13% de la superficie de tierra cultivable (Canelas 1966: 98, citado por Lavaud 1998: 234).

⁶ En 1950, el 74,% de la población boliviana habitaba en el campo y el 70,5% de la población económicamente activa trabajaba en la tierra (Lavaud 1998 : 233). Aunque en La Paz la población urbana era importante, el departamento era principalmente rural: el 66,15% de la población habitaba en el campo, que era el principal centro agrícola del país, después del valle de Cochabamba. El 64,5% de la población económicamente activa de La Paz trabajaba en la agricultura (Censo Demografico 1950 : 7 et 163).

maltratos físicos, de su condición de animales. Originariamente, la definición del trabajador campesino como animal – “nos han considerado como animales, que no podemos aprender nada”- expresa por tanto el punto de vista de los patrones.

Dicha definición, hoy los descendientes de los antiguos pongos de las haciendas, actualizan para denunciar las condiciones de trabajo de sus ancestros bajo el antiguo régimen. En este sentido, Quispe Huanca indica que la sobre-explotación de Gavino significaba su sometimiento a la condición de un animal, de un jumento que no tiene espaldas, sino lomo.

La definición de las condiciones del trabajo servil - de la sobre-explotación, pero también de los maltratos físicos a los cuales los trabajadores campesinos de las haciendas eran sometidos – es recurrentemente definida como la del “manejo de un animal”. Así, otro dirigente, esta vez de Warisata, indica: “Cuando uno no sabe nada, fácil el patrón te maneja, como a un animal, como a un sonso te maneja, a patadas y a palos”.

Es también recurrente encontrar en las entrevistas, la asociación entre la sujeción de los ancestros aymaras, a una condición animal en las haciendas de los patrones, y su analfabetismo – “cuando uno no sabe nada”. De hecho, los testimonios indican que el analfabetismo de los campesinos indígenas justificaba su sometimiento. Resaltemos el pasaje del fragmento de la entrevista a Quispe Huanca: “Los patrones decían « ustedes indios han nacido para trabajar, para ser pobres ». Una mentalidad muy estrecha la de ellos. Nos han considerado como animales, que nosotros no podemos aprender nada. La escuela nos ha enseñado. Nosotros hemos aprendido [...] Por eso nosotros nos hemos rebelado. Por eso yo he hecho grandes movilizaciones”.

Contradictoriamente, a la vez que la ideología dominante justificaba la explotación a partir de la “ignorancia” de los indígenas, a su vez proporcionaba a los indígenas los justificativos y las vías para rebelarse. Dado que en el antiguo régimen el analfabetismo se constituía en uno de los principales justificativos de la preservación de la condición servil, el aprendizaje del alfabeto se convertía en un argumento de los indígenas para desvirtuar el mito de su inferioridad natural.

En algunos casos, incluso la educación escolar tenía a los ojos del indio el poder de subvertir su condición de servidumbre. Así, desde la perspectiva de nuestros entrevistados, el acceso a la alta cultura tenía un rol subversivo. Ella tenía el poder subvertir los espíritus. Otro dirigente campesino de Warisata, indica: “Los patrones habían prohibido [estudiar], por que dicen que era peligro [...] porque uno puede hablar castellano, leer, ya se pueden igualar con los patrones. Para que no se igualen con los patrones, entonces era prohibido [estudiar]” (Damaso Cadena).

El significado social de la educación escolar, pero también de la explotación bajo el régimen de servidumbre, son dos antecedentes importantes para comprender los principios originarios sobre los cuales después se desarrolla la consciencia de clase del campesinado aymara en el Altiplano Norte de La Paz.

La comprensión de las formas en que los antiguos siervos de las haciendas y sus descendientes, se situaron subjetivamente respecto del antiguo régimen, es uno de los antecedentes importantes para comprender cómo se sitúan, primero, respecto del Estado del 52; y después, respecto del gobierno de Gonzalo Sanchez de Losada y la violenta represión perpetrada por su administración en Octubre de 2003. Pero antes de llegar a Octubre de 2003, es importante analizar las transformaciones ideológicas emergentes en el seno del campesinado aymara, como resultado de la Revolución de 1952.

I.2 La subalternización del campesinado aymara bajo la hegemonía del Estado del 52

La Revolución Nacional de 1952, derivó en la supresión del trabajo servil, la distribución de las tierras de las haciendas entre los campesinos, y la universalización del derecho de acceso a la educación escolar. La transformación de la estructura social en el campo se expresó en la proliferación de pequeños productores parcelarios, pequeños propietarios de la tierra. En las tierras altas del país, en particular, se encontraba un 87 por ciento de los beneficiarios de la distribución de tierras realizada por el Consejo Nacional de Reforma Agraria entre 1953 y 1992. En el departamento de La Paz, en particular, es donde se concentra la mayoría de los beneficiarios de dicho proceso de distribución de tierras: 37,67%, es decir, 233.162 beneficiarios; entre quienes se distribuyeron 6.863.457 hectáreas (Galoppo von Borries 2003: 178). El latifundio prácticamente desapareció del Altiplano Norte de La Paz.

El poder local sobre las comunidades campesinas, representadas por los patrones de las haciendas, fue sustituido por la autoridad del Estado, principalmente a través de tres instituciones: el servicio militar obligatorio, la escuela fiscal primaria y la normal de maestros. En el campo, la autoridad del Estado se sustenta ahora en exigencias realizadas históricamente por los campesinos indígenas: la distribución de la tierra, su incorporación al Estado, por medio del servicio militar obligatorio y el acceso a la alta cultura, a través de la escuela y el magisterio.

Hasta 1992, en el Departamento de La Paz, el porcentaje de analfabetos se redujo considerablemente: 16,87% de la población de más de 15 años (INE 2005: 184), en claro contraste con el 67,33% de 1950.

A nuestra manera de ver, el poco dinamismo de las movilizaciones sociales en el sector campesino, entre la revolución nacional de 1952 y fines de los 90, se explica a partir de la efectividad de instituciones como el ejército, la escuela fiscal y la normal de maestros, en la creación de nuevas relaciones de obediencia con el Estado Nacional.

El largo periodo de subalternidad de los campesinos aymaras del Altiplano Norte de La Paz⁷, tuvo como principal justificativo ideológico, la construcción de una efectiva comunidad imaginaria de identidad nacional en el campo.

Hasta antes de la Revolución Nacional de 1952: “[B]olivia como concepto y el Estado como una entidad [escribe Malloy] eran epifenómenos para la actividad cotidiana del campesinado indígena es decir, para el sesenta por ciento de la población del país [...] Para el indígena el gobierno boliviano era una especie de poder extraño y arbitrario que cuando no lo ignoraba procuraba utilizarlo y nada más” (Malloy 1989: 45).

El desarrollo de la hegemonía del Estado de 1952 en el Altiplano Norte de La Paz, es principalmente el desarrollo del concepto de Bolivia como principio de visión de los campesinos indígenas, a partir de la introducción de instituciones como el ejército, la escuela fiscal primaria y la normal de maestros dentro de su actividad cotidiana.

Las iniciativas de búsqueda de liberación del indio por la vía del acceso a la educación escolar, serán asimiladas por el nuevo Estado nacional como un ritual de obediencia a su autoridad. Parafraseando a Gellner (1989: 56), en vez de las masacres campesinas recurrentemente emprendidas por el antiguo poder oligárquico, fue el título de bachiller en humanidades, la libreta de servicio militar y el título de maestro rural, reconocidos por el Estado, que devinieron en el instrumento y el símbolo esencial de su poder en el campo.

⁷ Al respecto, un dirigente de una Junta Vecinal de la zona 23 de marzo de El Alto, relata: “En esa época no habían movilizaciones. La gente estaba totalmente dominada después de la revolución de 1952 hasta los años 70. Escuché que hubo un golpe de estado hecho por el finado Hugo Banzer Suárez, en los años 71. Entonces hemos sentido que era un cambio, nada más, para entonces, mis padres ya habían fallecido. Entonces nosotros que éramos muy pequeños, no estábamos muy enterados, pero en la comunidad había algún comentario de que ha habido ese golpe de Estado. Yo no sabía qué era un golpe de Estado. Después nos hemos dado cuenta. Después, en el 75, 74, yo me enteré que cuando el Che Guevara llegó al campo [en 1967], en el campo la gente pensó que “el guerrillero llegó y que era contra el pueblo, ha llegado contra el pueblo”. Entonces yo mismo pensé, “caramba, esos deben ser unos ladrones”, pensé. La gente estaba alerta porque pensaba que de noche venían a robar los ganados. Estábamos, todas las noches, con fuego, atizando, casi como vigilando esas situaciones. Eso es lo que pasó en esos tiempos. A mi se me ha quedado grabado lo del Che Guevara.”

A través de la educación fiscal y, su sustituto entre las clases campesino-indígenas, el Servicio Militar Obligatorio, el Estado difundió un ideario nacional y patriótico que durante décadas fomentó la lealtad de las clases y capas subalternas del campo a las instituciones políticas imperantes.

Ideas fuerza como la de “servir a la patria” y defenderla de cualquier intento de invasión extranjera⁸, introducidas por un sistema disciplinario cuartelario en el caso del Servicio Militar Obligatorio; y por un sistema escolar que en el caso de los niños y jóvenes indígenas, recurría a la castellanización y bolivianización forzosa, por medio de severos castigos físicos y psicológicos.

Estas fueron las maneras principales de subordinación y generación de obediencias, sustentadas en el rechazo de la condición racial y étnica de los grupos nativos, y en la valoración, como sustituto, de un sentido abstracto de la Patria y la bolivianidad. Y dicho sistema educativo, después de cuatro décadas tuvo consecuencias.

A fines de los 90, según las encuestas, los sectores sociales donde se abriga con mayor fervor el sentimiento patriótico, pero también el odio hacia “el invasor extranjero” (principalmente chileno) son precisamente los campesinos y subalternos. Para ellos el Servicio Militar Obligatorio es una cuestión de dignidad personal (Quintana 1998: 112)⁹.

Sin embargo, el propósito nuestro no es principalmente analizar la formación y consolidación del nacionalismo como ideología dominante en el campo, sino el proceso contradictorio a partir del cual los campesinos conquistan su autonomía intelectual y moral respecto del Estado. No obstante la indiscutible hegemonía del Estado del 52 en el campo, los testimonios muestran que los gérmenes de su propia negación existieron desde muy temprano. Volvamos a los testimonios de nuestros entrevistados para ilustrar dicho proceso.

Quispe Huanca relata la violencia con la que fue acogido por los hijos de los vecinos de los pueblos, hacia fines de los años 50, quienes rechazaban el ingreso del “indio” en la escuela. El dirigente de la CSUTCB relata que después de realizar diariamente largas travesías a pie, hasta la escuela rural de Santiago de Wata, debía esquivar las piedras de los niños del pueblo que resistían su ingreso a la escuela. Ya en clases, al niño aymara se le

⁸ No hay que olvidar que Bolivia perdió más de la mitad de su territorio como resultado de guerras y tratados diplomáticos con los países vecinos.

⁹ Por el contrario, las encuestas muestran que para los jóvenes provenientes de las clases medias, la burguesía o la alta jerarquía del Estado, hacer el Servicio Militar es una pérdida de tiempo. Ellos simplemente compran su libreta militar.

inculcaba el alfabeto español a palos, dentro de un ambiente educativo en el que imperaba el precepto de que “la letra entra con sangre”.

No obstante la denuncia de Quispe, la utilización de la violencia en el proceso de aprendizaje, era socialmente aceptada en la época, es decir era legítima. En muchos de los testimonios recogidos, inclusive se ensalza las virtudes de una educación estricta, que recurre a los castigos físicos.

El desafío analítico aquí no es contraponer la actitud de Quispe respecto de la violencia y la dominación del Estado, frente a la de sus colegas; sino de identificar el proceso contradictorio a través del cual los oprimidos vivencian la dominación, toman consciencia de ella y asumen una posición. Dicho proceso no es uniforme, ni lineal, sino contradictorio y pleno de sinuosidades. La experiencia de Quispe Huanca en la escuela, y luego en el ejército, ilustra dicha evolución:

L.O. Quien es Felipe Quispe Huanca?

[.....]

Yo he empezado a estudiar el año 1955. Quizás por primera vez se inauguran escuelas rurales. Pero no como un templo del saber, sino simplemente en una casa de hacienda destruida, porque nuestros padres, nuestros mayores, destruyeron las haciendas, han tenido que comer sus animales de los patrones y botar a los patrones, en algunos lugares han tenido que.... Matar a los patrones. Estoy hablando de la revolución del 52, de la reforma agraria de 1953 – La escuela en aquellos tiempos era una sala de tortura, porque el castellano entraba con sangre. Nosotros qué sabíamos del castellano. Mi padre no hablaba ni una j, mi madre de la misma manera. Ni mis hermanos. Todo esa era palabra extraña. Y así, estábamos tres años en el campo, en la escuela rural. Y luego, yo he tenido que ir al pueblo, a Santiago de Wata. En ahí había una escuela, hasta sexto curso básico. Y he acabado el sexto curso. Mis compañeros han estudiado en la escuela normal Bautista Saavedra [...]. A mi no me gustaba ser maestro rural, a mi me gustaba ser militar. Entonces me fui al cuartel a prestar mi servicio militar. Estoy hablando del año 63, 64. Entonces yo entré al cuartel....

L.O. Por qué quería ser militar?

Siempre me gusta ser militar. Mi hermano mayor entrenaba como en milicia armada, mi otro hermano ha prestado su servicio militar en el Regimiento Ayacucho, en Infantería. Entonces, yo creo que eran un referente para mí, mis hermanos. De esa manera yo quería ser oficial [...]

Estando en el cuartel, yo he logrado tener el grado de cabo. Salí del cuartel, y antes de licenciarme, había un oficial, que me llevó al Politécnico militar de aeronáutica, que me decía que yo podía ser un buen militar. No me faltaba nada de estatura. Físicamente podía ser un buen militar. Pero ahí adentro, como yo no hablaba bien el castellano, como yo tenía apellido Quispe Huanca, bueno el oficial me ha dicho “esto no es para los indios, es para los blancos mestizos”. De esa manera lo dejé, nunca he sido militar, nunca he logrado ser cadete, ni siquiera alumno del Politécnico militar.

Después, bueno, como cualquier comunario he tenido mi mujer, mis hijos. He sido Secretario General de mi sindicato. Finalmente, el año 67, se produce la guerrilla del Ché, entonces yo simpatizo. Inclusive yo quería entrar a Nancawazu. Pero yo no tenía

un carné, no conocía a nadie, no militaba en el Partido Comunista de Bolivia. Pero sí, era un joven entusiasta que podía ser guerrillero. Pero nunca logré. Después el año 71, conocí a algunos compañeros clandestinos del Ejército de Liberación Nacional (ELN) [...] Entonces ellos me reclutan, me enseñan a hacer política [...]”.

No sólo en el caso de Quispe Huanca, sino también en la generalidad de los entrevistados, la implicación del campesino con las instituciones del Estado, es puesta en evidencia por la mención de la educación escolar y la instrucción en el ejército, como elementos constitutivos de su identidad. Otra de las evidencias de esta implicación subjetiva (“me gustaba ser militar”), es la orientación de Quispe Huanca y de sus colegas, hacia la escuela, la normal y el ejército, como el horizonte que orienta sus propias decisiones. Con el objetivo de enrolarse en esas instituciones, los jóvenes campesinos pusieron empeño y voluntad, caminando diariamente durante largas horas hacia la escuela rural, o finalmente, dejando su hogar de origen en la comunidad para continuar sus estudios, para realizar el servicio militar obligatorio o la escuela normal. Entrar en la escuela fiscal o enrolarse en el ejército, formaba parte del ethos de estos campesinos

No obstante, en el caso de Quispe, la respuesta de los militares frente a su deseo de enrolarse en el ejército, muestran el límite de la hegemonía del Estado de 1952: la preservación de la ideología estamental de la antigua sociedad oligárquica, que justificaba el privilegio de ciertos grupos sociales de ocupar los cargos estatales.

El rechazo de los oficiales del ejército, de que Quispe Huanca ingrese en el Politécnico e inicie su carrera militar, fue vivido por el dirigente campesino como una gran frustración - *nunca he sido militar, nunca he logrado ser cadete, ni siquiera alumno del Politécnico*. A consecuencia de ello, las motivaciones del comunario Quispe Huanca de convertirse en militar, encuentran en el foquismo el espacio de su realización. Quispe Huanca, quien en otro estado de cosas bien pudo ser un militar al servicio de la preservación del statu quo; devino después – con la influencia de activistas foquistas de por medio-, en un conspirador revolucionario y, dos décadas más tarde, en un guerrillero –encarcelado durante cinco años por alzamiento armado en la cárcel de Chonchocoro de La Paz durante los 90.

Esta modificación en la trayectoria social de Quispe Huanca, no debe entenderse como un fenómeno principalmente individual, sino fundamentalmente social. El análisis de las trayectorias de vida de los insurgentes de octubre de 2003, nos ha permitido identificar que en distintos pasajes de su vida, como resultado de la vivencia de los efectos de la dominación de clases y de la opresión racial – experiencia mediada por la influencia ideológica del

militantismo de izquierdas, del katarismo¹⁰ o el activismo sindical- modifican el curso de sus vidas en una orientación antagónica respecto del orden imperante.

Este proceso, como decíamos, es desigual, emerge en distintos pasajes de las vidas de nuestros entrevistados. La aproximación hacia una opción radical, resulta de la regular actualización de experiencias de miseria, sojuzgamiento, de opresión, de humillación, en resumen de dominación; desde la lejana época en que se tuvo que abandonar la escuela a temprana edad porque se debía ayudar a los padres en la crianza de los animales; porque se vivió maltrato físicos frente los oficiales del ejército en el cuartel; porque, ya como dirigente de una junta de vecinos, en la ciudad de El Alto, se fue reiteradamente humillado por los funcionarios del Estado, ante quienes debía tramitar personerías jurídicas, exigir la apertura de una escuela o ítems para los maestros. En síntesis, la modificación de las trayectorias sociales de los entrevistados, son inflexiones que emergen a partir de los efectos personales de la lucha entre clases y razas en el Altiplano Norte.

Si esta es la condición social de la radicalización de los campesinos, el “factor subjetivo” que la explica, es su contacto con algún militante izquierdista o con ideas revolucionarias que circulan en los espacios de la dirección sindical campesina o de las juntas vecinales en la ciudad de El Alto.

En la medida en que estas modificaciones moleculares emergen de condiciones de existencia y trayectorias de vida similares, a su vez, dialécticamente, van definiendo las especificidades de la formación del campesinado aymara del Altiplano Norte de La Paz.

No obstante, estos cambios moleculares que acontecen cotidianamente en el seno de la sociedad, se convirtieron en modificaciones substanciales como resultado de la radicalización del propio sujuzgamiento de los campesinos. Así, la conquista de la independencia política de los campesinos desde 1977 en adelante, respecto de los regimenes militares, tiene como antecedente las masacres campesinas en el Valle de 1974 y de 1976; procesos que acelerarán la formación de una intelligentsia aymara de orientación katarista y la fundación de la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB), afiliada a la Central Obrera Boliviana, en una actitud de clara independencia de los campesinos respecto de los gobiernos militares.

¹⁰ Corriente ideológica indigenista que propugna un nacionalismo indio. Su denominativo es en memoria del caudillo indio Tupac Katari que en 1871 dirigió una rebelión anticolonial contra los europeos en la región de La Paz.

Sin embargo, la ruptura del llamado “pacto militar-campesino” no supuso una ruptura con el Estado de 1952. El poco dinamismo de las movilizaciones sociales en el sector campesino, nos sugiere que la supremacía del Estado del 52 en el Altiplano Norte de La Paz, se mantuvo hasta un periodo relativamente reciente. La crisis de hegemonía del Estado del 52 en el Altiplano Norte, irrumpe a partir del desmantelamiento de las instituciones del Estado nacionalista, de la mano de las políticas de orientación neoliberal aplicadas en Bolivia desde 1985.

Nuestra hipótesis explicativa sobre la insurrección de Octubre de 2003, podría plantearse con la ayuda de un pasaje muy conocido de las Notas sobre Maquiavelo de Gramsci:

“En Oriente el estado era todo la sociedad civil era primitiva y gelatinosa; en Occidente, entre Estado y sociedad civil existía una justa relación y bajo el temblor del estado se evidenciaba una robusta estructura de la sociedad civil. El estado solo era una trinchera avanzada, detrás de la cual existía una robusta cadena de fortalezas y casamatas.” (Gramsci 1975: 94 y sgts. cit. en Zavaleta 1986: 267).

La crisis de Octubre resulta de la retirada neoliberal del Estado, de sus posiciones conquistadas en el seno de la sociedad civil durante la era del nacionalismo revolucionario; abriendo la posibilidad del éxito de la estrategia de la “guerra de movimiento”, en las acciones de los campesinos y sus descendientes que habitan en los barrios populares de la ciudad de El Alto. Dada la desarticulación de la “justa relación” que existía entre la sociedad civil y el Estado en el Altiplano Norte de La Paz, cuando el Estado tembló en Octubre de 2003, ya no existía aquella robusta cadena de fortalezas y casamatas que impedirían su derrumbe.

II. Génesis de la insurrección de Octubre 2003

En vez de centrar el enfoque en el Estado o en los procesos políticos, de lo que se trata es analizar la dialéctica entre Estado y sociedad civil. En este cometido, no pretendemos abundar en los rasgos característicos de la reforma neoliberal del Estado y la economía, por todos conocidos. Baste indicar que ésta supuso la crisis de la institución del sistema militar obligatorio, que se tradujo en déficits presupuestarios del ejército y en la caída de las tasas de conscripción (Cfr. Quintana 1998). En las escuelas hubo una reforma del sistema escolar, que se inició durante la primera gestión de Sánchez de Losada; uno de cuyos propósitos era

precisamente modificar los contenidos de la enseñanza, en función de las transformaciones económicas y sociales acaecidas en el país y el mundo (Cfr. Contreras 2004).

A ello, es importante acotar que las reformas neoliberales impulsadas desde 1985, se hallaban bien avanzadas cuando las elites políticas se plantearon reformar la institución escolar y la institución del servicio militar obligatorio - la reforma de esta última todavía no ha sido emprendida. Es importante recordar que los contenidos de la enseñanza y de la doctrina del ejército, se formaron sobre la base del nacionalismo revolucionario, ideología oficial del Estado entre la Revolución de 1952, y el inicio de las reformas neoliberales en 1985.

Entre tanto, en las provincias aymaras del Altiplano Norte de La Paz, durante la era neoliberal se han profundizado ciertos cambios en las formas de producción y reproducción social que es importante mencionar, dado sus impactos en la composición y la estructura de la sociedad civil.

La proliferación del minifundio en el Altiplano y en los valles, como resultado de la reforma de 1953, y el acrecentamiento de los latifundios en el Oriente y el Sur del país durante las dictaduras, plantean una nueva cuestión agraria: las unidades agropecuarias de menos de 5 hectáreas, el 68% de las unidades agropecuarias del país, detentan sólo el 1,43% de la tierra. En su mayoría, se trata de pequeñas unidades campesinas que como promedio poseen 1,4 hectáreas. Paz calcula que son 550 mil unidades agropecuarias. La mayoría de estas unidades se encuentran en el Altiplano y los Valles (440 mil)¹¹.

Según indica Paz (2003: 56), el minifundio es el primer factor de migración del campo a la ciudad. Otro factor es la poca fertilidad del suelo y su erosión, que condicionan la emigración campesina. En el Altiplano Norte de La Paz, el principal centro de captación de inmigrantes procedentes de las provincias campesinas, es la ciudad de El Alto, y la de mayor crecimiento poblacional en los últimos años.

Si en 1992, la ciudad de El Alto contaba con 405.492 habitantes, en 2001 cuenta con 647.350 habitantes. Estos flujos migratorios modifican la fisonomía urbana: se proliferan nuevos barrios; donde sus pobladores demandan servicios de agua, alumbrado público, la apertura de escuelas, ítems para maestros. La proliferación de organizaciones de juntas vecinales, principalmente en los barrios menos favorecidos, responde a esta cuestión urbana emergente de la inmigración procedente de las provincias campesinas del Altiplano Norte.

¹¹ En el polo opuesto de la estructura social en el agro, 23.160 unidades productivas, poseen un promedio de propiedad de 1.700 hectáreas. Se trata principalmente de las empresas agroindustriales del oriente, “[p]ero sobre todo las haciendas ganaderas del Beni, Santa Cruz y el Chaco” (Paz 2003: 58-9).

Los inmigrantes se insertan en la nueva dinámica urbana como artesanos, pequeños comerciantes, obreros eventuales, empleados públicos de la ciudad de La Paz; un conjunto de actividades, cuya temprana existencia, no permite identificar la consolidación de una nueva fisonomía clasista. Como los acontecimientos de Octubre 2003 evidencian, es la herencia del campesinado aymara del Altiplano Norte de La Paz, la que principalmente informa las acciones de los insurrectos.

En el plano cultural, indiquemos que hacia el año 2001, la tasa de analfabetismo en La Paz, se redujo de 16,87% a 11,39%. A sí mismo, los años de promedio de estudio de la población de 19 años y más, pasó de 6,49 años, a 7,88 años. Cabe mencionar que los primeros cinco años, son los cursos de educación primaria donde, además de aprenderse a leer y escribir, se aprenden y valoran los conceptos y símbolos básicos de la bolivianidad. Desde esta perspectiva, el aumento del promedio de estudios, significa más sectores subalternos influenciados por el ideario nacional, todavía muy presente en los contenidos de la enseñanza escolar.

Si bien en el campo los índices de analfabetismo son mayores, es importante indicar que los índices de conscripción son considerablemente mayores respecto de las ciudades; hecho que respalda la hipótesis de Quintana, de que en las zonas rurales el servicio militar obligatorio es uno de los sustitutos de la escuela; y, respecto de lo que nos interesa, una de las fuentes de la formación del ideario nacional.

Flujo de las movilizaciones sociales

El proceso que antecede al flujo campesino y de vecinos de los barrios populares de la ciudad de El Alto de 2000, es primero la denuncia, la crítica y después la remoción de los dirigentes de los sindicatos campesinos y de las juntas de vecinos, cooptados por los partidos neoliberales en función de gobierno, que desde años atrás controlaban prebendalmente dichas organizaciones.

En 1999 y en 2002, respectivamente, la CSUTCB y la FEJUVE de El Alto, se dotan de direcciones independientes respecto de los partidos neoliberales en función de gobierno. El desplazamiento de las antiguas dirigencias corrompidas, sin embargo, no es predominante. A la vez que una nueva dirigencia promueve un proceso de agitación en el campo y el inicio de un proceso de movilización social, este proceso de movilización impulsa el desplazamiento de otras dirigencias cooptadas por los partidos políticos neoliberales. Y, cuando las críticas y las

denuncias no alcanzan a remover las dirigencias, la movilización social toma forma sobrepasando sus dirigencias subordinadas al gobierno.

Como indicamos precedentemente, las movilizaciones campesinas y de las zonas periurbanas emergieron originariamente a partir de reivindicaciones de naturaleza económica y social: mecanización del agro y tractores, en el caso de las movilizaciones dirigidas por la CSUTCB; provisión de servicios en el caso de las juntas vecinales de la ciudad de El Alto y contra la aplicación de un impuesto catastral impulsado por la Alcaldía.

No obstante, las movilizaciones sociales dispersas se unifican alrededor de perspectivas y de visiones comunes, cuando la fisonomía del adversario (el gobierno de Gonzalo Sanchez de Losada), el sentido de las reivindicaciones (el rechazo a la exportación del gas) y la identificación de los manifestantes (de los campesinos del Altiplano Norte y de los vecinos de la ciudad de El Alto), durante la violenta dinámica del conflicto, adquieren a los ojos de los protagonistas, connotaciones de clase, de raza y de nacionalidad.

En el caso de los insurrectos de octubre de 2003, la lucha contra Gonzalo Sánchez de Losada, deviene en la lucha de los campesinos originarios, por la defensa del gas boliviano, contra el gobierno de los empresarios ricos y extranjeros; contra los k'aras. Analicemos la siguiente entrevista de uno de los presidentes de Comité de Bloqueo en Warisata, Damaso Cadena, que ilustra las connotaciones de clase y el nacionalismo de la insurrección de Octubre de 2003:

“Cuando han sacado hidrocarburos a otras naciones, hemos hecho paro. Yo era comité de bloqueo. De Waqui he bajado. Gonzalo Sanchez de Losada han mandado al ejército para que nos mate, como a otras naciones, como si nosotros seríamos un chileno, un peruano, como si nosotros seríamos otra clase de gente.

Nosotros somos gente, no somos perros pues. Entonces, como gente hemos luchado con los militares.

Ellos no trataban de gente a los campesinos, trataban como animales. Por eso quieren matar pues. Hasta el momento así están pues, con los pobres, con los ricos, así están luchando. Hay un grupo de empresarios, entonces ellos quieren aprovecharse de los campesinos [...].

L.O. Quienes eran los del gobierno, qué clase de gente era?

-Ellos eran empresarios. Son pues los ricos, quienes tienen más autos, más riquezas, ellos quieren nuestros hidrocarburos. Todo quiere aprovecharse, quieren sacar a otros países, entonces la Bolivia tiene que quedarse aquí nomás.

L.O. Y Ud. Qué quiere?

-Nosotros no queremos que saquen la riqueza de Bolivia, no queremos que se vendan. Tiene que estar aquí nuestros productivos, para nosotros. No queremos que saquen afuera nuestras riquezas.

[...]

L.O. Podría Ud. Decirme quién es el k'ara?

- Son pues empresarios, son los ricos, más pobreza quieren dejar a los campesinos, a los originarios dejar más pobres. Ellos ya no sienten por la gente.

L.O. Si ellos son los k'aras, Uds. Quienes son?

Nosotros somos campesinos, labradores, somos originarios.

Y quien es el originario?

- Cultivamos nuestra chacra, nuestros terrenos. Eso quiere decir originario. Los empresarios, los ricos quieren tener todo, el campesino no tenemos nada.”

No solo en la entrevista recientemente citada, sino también en el conjunto de las entrevistas, en la generalidad de las denuncias registradas por las radios y los canales de televisión; es una percepción generalizada de los manifestantes campesinos y vecinos de los barrios populares de El Alto, en el sentido de que los matan como “perros”, como “ovejas”; en síntesis; de que la represión expresa que el gobierno y las autoridades, no los ven como a gente, sino como a animales. La represión militar dirigida por Gonzalo Sanchez de Losada, evoca la opresión de los ancestros aymaras a quienes de igual forma, según la percepción de los entrevistados, se los trataba como a animales en las haciendas patronales hasta antes de la revolución de 1952.

No es, por tanto sorprendente, que en el mundo rural del Altiplano Norte de La Paz, el gobierno de Sanchez de Losada represente “el retorno de los patrones”, o de los nuevos patrones, que es la forma en la cual los descendientes de los antiguos pongos de las haciendas ven ahora a los empresarios que gobiernan en Octubre de 2003.

A partir de las relaciones contemporáneas de opresión (los actos de masacre), los descendientes de los antiguos siervos de las haciendas, reinventan la categoría de patrón, para denunciar y criticar a sus adversarios políticos que se encuentran en el gobierno o que representan el poder económico y social. Así, en otras entrevistas, las empresas transnacionales y los empresarios, aparecen definidos como los nuevos patrones y como los k'aras.

El conflicto es pensado a partir de categorías de percepción socio-económicas: como una lucha entre campesinos y empresarios y como una lucha entre ricos y pobres. Del mismo modo en que la connotación clasista de la identificación de los participantes de las movilizaciones sociales, esta claramente diferenciada: como campesinos y labradores que no tienen nada.

Las connotaciones clasistas de estas apreciaciones, se hallan asociadas con orientaciones de nacionalidad. Gonzalo Sanchez de Losada es percibido como un “gringo”, como un “norteamericano” que está sacando los recursos naturales hacia el extranjero, o como presidente de los chilenos¹². La ideología escolar adquirida en las instituciones del Estado, es aquí claramente identificable. La represión se asocia con la agresión a quien procede de otra nación: chilenos, peruanos, es decir, los países que se encuentran en las fronteras de Bolivia, y con quienes en el pasado el país tuvo algún tipo de conflicto territorial armado o diplomático –hechos representados en los contenidos de la escuela fiscal primaria.

El resentimiento contra el “invasor extranjero”, de origen chileno (es importante recordar que el proyecto de venta de gas al extranjero era a través de un puerto chileno), es bastante acentuado. Es así que, en un momento de la insurrección, corre el rumor de que los militares son dirigidos por oficiales chilenos; rumor jamás confirmado, que enardece aun más a los manifestantes.

Ciertamente, en gran parte de las entrevistas, los principios de división y de clasificación que escinden a los contendientes en bandos opuestos, son también de tipo racial: se trata de una lucha entre blancos o rubios, frente a los morenitos o negritos. Cuando la identificación es racial, no hay una auto identificación a través de categorías como la de indio en oposición a lo “criollo-mestizo”. El principio de oposición es muy simple: entre “blancos” y “morenitos” o “negritos”.

Conclusiones

El Estado del 52, a través de instituciones como el servicio militar obligatorio, la escuela fiscal y la normal de maestros, estabilizó las contradicciones de clase y los conflictos raciales, heredados de la antigua sociedad oligárquica. La comunidad imaginaria nacional, creó una representación común donde durante un periodo histórico, se reconocieron distintas clases y distintos grupos raciales en Bolivia.

El desmantelamiento de las instituciones del Estado de 1952, desde 1985 en adelante, la ocupación de las instituciones del Estado por una nueva oligarquía, articulada al capital financiero internacional y conversa a la ideología neoliberal; abrió el escenario para la

¹² Las exigencias por la renuncia de Sánchez de Losada, son realizadas en el sentido de que el “gringo debe ahora irse a su país”.

reinención de la ideología nacionalista, por causas y vías independientes respecto de las nuevas creencias de las clases dominantes.

En efecto, cuando los campesinos y los insurgentes de El Alto denuncian a los k'aras y empresarios extranjeros que gobiernan el país, lo hacen no sólo desde un punto de vista de clase, sino también al interior de un ideario nacionalista, que hace décadas fue abandonado por las elites estatales y las clases dominantes.

La práctica neoliberal ha afianzado entre los campesinos, la idea de que los gobernantes son empresarios extranjeros que expolían el país. Es así que, en tanto que durante la fundación de la República y la era oligárquica, los bolivianos eran los descendientes de los antiguos colonizadores españoles, y el indio era percibido como el extranjero (Cfr. Zavaleta 1986); hoy los descendientes de la antigua oligarquía han devenido en los extranjeros.

En un film boliviano muy conocido, *“La nación clandestina”*, el realizador Jorge Sanjinéz representó la figura del mundo aymara como una nación condenada a vivir como extranjera en su propia tierra. En el plano ideológico, la transformación principal acaecida en Octubre de 2003, es que hoy los verdaderos bolivianos son los quechuas y los aymaras, en tanto que la figura del “blanco” ha devenido una figura clandestina, sin nación, en Bolivia.

Sin embargo, para que esto acontezca, fue necesario que el campesinado conquistara su independencia política y su autonomía moral e intelectual respecto de las clases dominantes y respecto del antiguo Estado nacional; inaugurándose así en 2000, un inédito proceso de movilización social en el campo y en las zonas periféricas que desbordan del mundo rural; procesos todos ellos posibilitados por la retirada neoliberal del Estado, de sus posiciones alcanzadas en el seno de la sociedad civil.

Bibliografía citada

- BIELER Andreas, Bonfeld Werner, Burnham Peter and Morton Adam David, *Global Restructuring, State, Capital and Labour. Contesting Neo-Gramscian Perspectives*, New York, Palgrave Macmillan, 2006
- BARROW, Clyde W., *Critical Theories of the State. Marxist, Neo-Marxist, Post-Marxist*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1993
- DIECKHOFF, Alain y Jaffrelot, Christophe 2006 *Repenser le nationalisme. Théories et pratiques*, Paris, Presses de Sciences Po.
- GALOPPO VON BORRIES, Erwin “Resultados de los cambios introducidos por la Reforma Agraria” en *Proceso agrario en Bolivia y en América Latina. 50 años de Reforma Agraria*, La Paz, CIDES-UMSA/Plural Editores, 2003
- GELLNER, Ernest, *Nations et nationalisme*, Edition Payot, Paris, 1989
- Lavaud, Jean Pierre, *L'instabilité politique de l'Amérique Latine. Le cas de la Bolivie*, Paris : L'Harmattan, 1990
- MALLOY, James, *Bolivia: La revolución inconclusa*, La Paz, CERES, 1989

MANSILLA, H.C.F., *La empresa privada boliviana y el proceso de democratización*, La Paz: Fundación Milenio, 1994

MARX, Karl « El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte » en Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras Escogidas, T. I*, Moscu, Progreso, 1975

PAZ, Ballivian Danilo « Medio siglo de Reforma Agraria en Bolivia » en *Proceso agrario en Bolivia y en América Latina. 50 años de reforma agraria*, La Paz, CIDES-UMSA/Plural Editores, 2003

QUINTANA, Taborga Juan Ramón, *Soldados y ciudadanos*, La Paz, PIEB, 1998

SKOCPOL, Theda 1984 *Los Estados y las revoluciones sociales*, México: Fondo de Cultura Económica

TARROW, Sidney, *Power in movement: social movements, collective action and politics*. Cambridge: Cambridge University Press, 1994

TILLY, Charles, *Regimes and repertoires*, University of Chicago Press, 2006

THOMPSON, E.P., *The making of the English working class*, Ney York, Vintage Books, 1966

VILLAROEL Nikitenko, Miguel, “La acción colectiva en Bolivia. Cambio y transformaciones de los conflictos sociales 1970-1998” en Bettina Levy (comp.) *Crisis y conflicto en el capitalismo latinoamericano*, Buenos Aires, CLACSO, 2002

ZAVALETA, Mercado René, *Lo nacional-popular en Bolivia*, México: Siglo veintiuno editores, 1986